

VIRTUDES: CONSIDERACIÓN GENERAL

1. El lugar de la consideración de la virtud en la enseñanza de san Josemaría.
2. La definición de virtud y la distinción entre virtudes sobrenaturales y virtudes humanas.
3. Las virtudes sobrenaturales o teologales.
4. Las virtudes humanas o morales.
5. Las virtudes y los dones del Espíritu Santo.

La noción de virtud es de importancia fundamental tanto en la tradición filosófica como en la teología cristiana y en las enseñanzas acerca de la vida ascética. Los Evangelios nos ofrecen múltiples ejemplos de virtudes. En los escritos de san Pablo se encuentra explícitamente una enseñanza sobre las virtudes teologales de la fe, la esperanza, y la caridad, con una evidente preeminencia dada a la caridad (cfr. 1 Co 13), así como referencias a otras virtudes –por ejemplo, la templanza, la paciencia, la obediencia y la castidad–, como elementos esenciales de la práctica de la vida cristiana. Este carácter primario del concepto de virtud se refleja claramente en las enseñanzas de san Josemaría. El tema de las virtudes en general y de las virtudes concretas que el cristiano está llamado a vivir aparece con frecuencia en sus homilias y en sus escritos; hay incluso homilias o capítulos enteros dedicados a las virtudes.

1. El lugar de la consideración de la virtud en la enseñanza de san Josemaría

En san Josemaría la vida cristiana se entiende como una lucha continua por adquirir y ejercitar las virtudes cristianas. La más importante de todas las virtudes es la caridad, que habilita a quien la posee con la capacidad para amar a Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas, cumpliendo así el mandamiento supremo de la Nueva Ley. La caridad presupone la fe y la esperanza, y reclama todas las virtudes morales que capacitan al cristiano para llevar a cabo lo que demanda la caridad, espe-

cialmente en aquello que se refiere al amor al prójimo. San Josemaría enseñó que el cristiano corriente –llamado a santificarse santificando la vida ordinaria– necesita cultivar todas las virtudes, y no sólo por el hecho de ser cristiano sino también porque está llamado a santificar toda la variedad de situaciones que integran la normalidad de la vida ordinaria. Este fue el espíritu que enseñó a los fieles del Opus Dei: “No cambian de estado –siguen siendo solteros, casados, viudos o sacerdotes– sino que procuran servir a Dios y a los demás hombres dentro de su propio estado. Al Opus Dei no le interesan ni votos ni promesas, lo que pide de sus socios es que, en medio de las deficiencias y errores propios de toda vida humana, se esfuercen por practicar las virtudes humanas y cristianas, sabiéndose hijos de Dios” (CONV, 24).

El interés de san Josemaría por el tema de las virtudes tiene una motivación predominantemente ascética y pastoral. El propósito que le lleva a tratar de este tema no es otro que el de ayudar a quienes le trataban, leían y escuchaban a poner por obra las virtudes. No está presente, ni en sus escritos ni en sus homilias, el intento por presentar un tratamiento sistemático de las virtudes. No se encuentra una discusión abstracta de la definición de virtud, ni de sus causas, ni de las clasificaciones, ni hay tampoco un intento de reproducir una lista exhaustiva o catálogo de las virtudes. Por otra parte, está claro que el contenido teológico de su predicación, en esta materia como en todas las demás, coincide con el de la enseñanza tradicional católica, tal como se encuentra reunida, por ejemplo, en el *Catecismo de la Iglesia Católica* y en diversos tratados, como los de santo Tomás de Aquino, a quien cita. Pero a la vez, añade acentos personales. La división de las virtudes entre tres teologales y cuatro cardinales o morales simplemente se asume, así como también el hecho de que las virtudes teologales sean infusas y las morales adquiridas por repetición de actos. La novedad de su enseñanza radica más bien

en la aplicación de las virtudes a la santificación de la vida ordinaria, lo que implica que se han de ejercitar en *toda* actividad, incluso las que parezcan ser moralmente indiferentes, porque el ejercicio de las virtudes no se restringe a un rango reducido de actividades especiales. Esto lleva a dar un énfasis mayor que el que se encuentra en otros tratados de teología y de ascética, a las virtudes relacionadas con la vida ordinaria, como luego reiteraremos.

Las enseñanzas de san Josemaría sobre las virtudes no se encuentran concentradas en un solo lugar: están dispersas por todos sus escritos. De hecho, para el estudio de algún aspecto concreto de sus enseñanzas o de alguna virtud en particular, el investigador tiene que utilizar los índices de las obras o algún sistema de búsqueda electrónico. Tres obras que presentan en todo caso un enfoque más dirigido hacia las virtudes son *Camino*, especialmente los capítulos centrales (C, 575-684); *Surco*, que trata del crecimiento de la vida espiritual apostólica del cristiano en conexión con el desarrollo de las virtudes y de la personalidad humanas, y *Amigos de Dios*. En esta última obra, además de las homilías dedicadas a la fe, a la esperanza y a la caridad, se incluye una homilía dedicada a las virtudes humanas en general, así como también otras homilías que tratan sobre la humildad, el desprendimiento, la prudencia, la justicia y la castidad.

2. La definición de virtud y la distinción entre virtudes sobrenaturales y virtudes humanas

a) Definición de virtud

Como se dijo arriba, san Josemaría no proporciona una definición de virtud de modo explícito. Sin embargo, está claro que asume la noción clásica: “La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien” (CCE, n. 1803). En la visión cristiana tradicional (que incorpora elementos inicialmente elaborados por fi-

lósofos griegos), la virtud se define como un hábito bueno que confiere a la persona que lo posee una inclinación firme hacia la realización de cierta clase de acciones moralmente buenas. La virtud no elimina el componente de libre arbitrio presente en las acciones del hombre, sino que permite a la persona virtuosa realizar esas acciones con prontitud, con mayor facilidad, de modo estable y, de ordinario, incluso con agrado. Las virtudes son importantes para la vida moral porque permiten actuar bien moralmente no sólo de vez en cuando, sino de modo seguro y constante en las variadas circunstancias de la vida. Cada una de las virtudes en particular proporciona una inclinación firme para la realización de una clase específica de acciones. La fortaleza, por ejemplo, proporciona una inclinación estable para la práctica de acciones buenas aunque sean difíciles, mientras que la justicia inclina a honrar los derechos de los demás e impulsa a hacer accesibles a todos los bienes necesarios para el desarrollo de la persona.

b) Distinción entre virtudes sobrenaturales y virtudes humanas

Con referencia a la clasificación de las virtudes, san Josemaría utiliza con frecuencia la distinción entre virtudes *humanas* y virtudes *sobrenaturales*. En sus escritos, las humanas corresponden a las que tradicionalmente se llaman virtudes morales, es decir, aquellas virtudes que tienen como objeto inmediato algún bien creado, ya sea algo interno al agente (como en el caso de la fortaleza que controla la pasión del miedo), o algo externo (como en el caso de la justicia que se relaciona con los derechos ajenos). De la persona que posee estas virtudes morales se dice que es una persona buena. Estas virtudes son cualidades que existen en el nivel de la naturaleza (no derivan necesariamente de la gracia) y se pueden adquirir con el ejercicio de las facultades naturales a través de repetición de actos. San Josemaría se refiere a estas virtudes diciendo: “esas virtudes que

algunos tienen, aun sin conocer a Cristo” (AD, 75), es decir, que un hombre bueno puede llegar a poseer independientemente de que tenga o no fe en la Buena Nueva, o de que haya recibido el don de la gracia santificante.

A la cabeza de las virtudes morales se encuentran las virtudes cardinales de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Tradicionalmente estas cuatro virtudes se identifican como categorías más amplias dentro de las cuales se agrupan todas las demás virtudes morales. Esta división le es familiar a san Josemaría y con frecuencia hace referencia a ella. Por ejemplo, su más extenso escrito sobre las virtudes, la homilía “Virtudes humanas” en *Amigos de Dios*, se estructura de acuerdo con esta secuencia, dirigiendo la atención hacia aquellas virtudes que son de especial importancia para su mensaje sobre la santificación de la vida ordinaria como son la laboriosidad, el orden, la fortaleza, la lealtad y la alegría.

Las virtudes sobrenaturales son aquellas que, junto con la gracia santificante, se infunden en el alma a través del sacramento del Bautismo. El término virtud sobrenatural se refiere ante todo a las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad. A diferencia de las virtudes morales, las virtudes teologales no pueden ser adquiridas por esfuerzo humano, las infunde Dios directamente en el alma. Más aún, las virtudes teologales tienen como objeto inmediato al mismo Dios: una persona cree en Dios, espera en Dios y ama a Dios. Las virtudes sobrenaturales son superiores a las virtudes humanas o morales porque perfeccionan las acciones de la persona con respecto al fin supremo que es Dios. San Josemaría afirma con claridad que estas virtudes sobrenaturales no reemplazan las virtudes humanas ni las convierten en cualidades superfluas. La realidad es muy distinta: las virtudes sobrenaturales, y especialmente la caridad, informan las virtudes morales y las redirigen hacia un fin

más alto que es el amor a Dios. Por ejemplo, la virtud de la paciencia informada por la caridad llevará a una persona no sólo a soportar las dificultades, sino a soportarlas por un motivo superior, por amor a Dios. En virtud de esta elevación a un fin más alto, se puede decir que las virtudes humanas participan del carácter sobrenatural de las virtudes teologales infusas.

En los escritos de san Josemaría aparece también la expresión “virtudes cristianas”. En general, con esta expresión san Josemaría se refiere a las virtudes humanas en cuanto que están presentes en una persona en estado de gracia y por consiguiente en quien posee también las virtudes teologales. En sus escritos se mencionan como virtudes cristianas, realidades muy diversas: la pureza (cfr. ECP, 5), la castidad (cfr. AD, 189), la justicia (cfr. AD 189), la obediencia (cfr. ECP, 17), el patriotismo (cfr. S, 315). Pero hay que decir que las virtudes teologales también se incluyen como virtudes cristianas: “Para santificar cada jornada, se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría...” (ECP, 23). Se ve, por tanto, que la expresión “virtudes cristianas” se extiende a cualquier virtud que se encuentre en un cristiano que vive según su fe, es decir, a todas las virtudes que permiten a esa persona dirigirse mediata o inmediatamente hacia el fin último que es Dios.

c) Las virtudes humanas como fundamento de las virtudes sobrenaturales

Repetidas veces san Josemaría describe las virtudes humanas como el fundamento de las sobrenaturales. Esta enseñanza tiene un doble significado. En primer lugar hace referencia al hecho de que en una persona que no tenga vida de fe todavía, las virtudes humanas promueven una apertura básica al bien y a la verdad y, por tanto, a Jesucristo y a su mensaje, de tal

manera que la persona virtuosa que se encuentre con ese mensaje, tendrá facilidad para abrazarlo. Las virtudes humanas (por ejemplo, fraternidad, lealtad, laboriosidad) conllevan ya una cierta generosidad: la superación del egoísmo, una apertura hacia los demás y hacia sus necesidades, etc. Así pues, la semilla del mensaje del Evangelio, que es una llamada a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, toma más fácilmente raíces en el suelo fértil de las virtudes naturales. “En este mundo, muchos no tratan a Dios; son criaturas que quizá no han tenido ocasión de escuchar la palabra divina o que la han olvidado. Pero sus disposiciones son humanamente sinceras, leales, compasivas, honradas. Y yo me atrevo a afirmar que quien reúne esas condiciones está a punto de ser generoso con Dios, porque las virtudes humanas componen el fundamento de las sobrenaturales. (...) Si el individuo conserva y cultiva un principio de rectitud, Dios le allanará el camino; y podrá ser santo porque ha sabido vivir como hombre de bien” (AD, 74-75).

En segundo lugar, las virtudes humanas pueden ser vistas como el fundamento de las sobrenaturales, porque dan a las personas las disposiciones firmes que necesitan para realizar los actos propios de las virtudes sobrenaturales, en especial los actos referentes a la virtud de la caridad. Esto se puede ver claramente cuando se consideran por ejemplo los requerimientos del amor al prójimo. Si no posee las virtudes de la templanza y de la fortaleza, una persona no será capaz de atender de modo estable a las necesidades de quienes le rodean; sin paciencia no será capaz de soportar las dificultades que puede conllevar la convivencia con los demás, etc. En general puede decirse que la virtud sobrenatural de la caridad generará actos de caridad de un modo constante, estable y eficaz sólo si se apoya en los buenos hábitos de las virtudes humanas (cfr. AD, 91 y S, 652). En suma: “La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la respon-

sabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad...” (CONV, 62; cfr. CONV, 5). Más aún, la caridad llama al cristiano a vivir estas virtudes de modo heroico: “La invitación a la santidad, dirigida por Jesucristo a todos los hombres sin excepción, requiere de cada uno que cultive la vida interior, que se ejercite diariamente en las virtudes cristianas; y no de cualquier manera, ni por encima de lo común, ni siquiera de un modo excelente: hemos de esforzarnos hasta el heroísmo, en el sentido más fuerte y tajante de la expresión” (AD, 3).

Una vez precisado el encuadre general, según san Josemaría, de la distinción entre virtud sobrenatural y virtud humana, podemos pasar a considerarlas más en detalle.

3. Las virtudes sobrenaturales o teológicas

En línea con la tradición, san Josemaría entiende que las virtudes sobrenaturales o teológicas de la fe, la esperanza y la caridad son las más importantes de la vida cristiana: “Las tres virtudes teológicas (...) componen el armazón sobre el que se teje la auténtica existencia del hombre cristiano, de la mujer cristiana” (AD, 205). Estas virtudes capacitan al cristiano para que crea en Dios, espere en Dios y ame a Dios de un modo que supera las capacidades naturales, pues a través de ellas una persona se hace a sí misma más conforme a Jesucristo que con ninguna otra de las virtudes. Las virtudes teológicas las infunde en el alma el Espíritu Santo: “Vivir según el Espíritu Santo es vivir de fe, de esperanza, de caridad” (ECP, 134). San Josemaría, que recoge en su tratamiento de estas virtudes toda la doctrina clásica, pone un énfasis característico en su relación con la filiación divina y con el mensaje acerca de la llamada a la búsqueda de la santidad en medio de la vida ordinaria.

Por la virtud de la fe creemos en todo lo que Dios ha revelado porque Él mismo lo

ha revelado, de manera semejante al modo en el que un niño cree lo que le dice su padre. San Josemaría considera que el contenido de la fe del cristiano viene mediado por el Magisterio de la Iglesia católica; por eso, creer en Dios y asentir a las enseñanzas de la Iglesia van unidos. A la vez señala que, aunque se crea como creen los niños, vivir plenamente la virtud de la fe requiere esforzarse. Por un lado, para aprender todo lo que cada uno sea capaz de aprender de lo que Dios ha revelado y de lo que la Iglesia enseña; de ahí que le gustara repetir: necesitamos tener “piedad de niños” y “doctrina segura de teólogos” (ECP, 10). Por otro, la fe tiene un aspecto práctico y operativo que san Josemaría predicó infatigablemente. Enseñaba que la fe cristiana ha de llevar a una persona a tener una “visión sobrenatural” que le permita verse a sí mismo y a todas las realidades del mundo creado desde el punto de vista de la verdad revelada, y luego a actuar conforme a esa verdad (cfr. C, 664; AD, 196, 200; S, 166, 447, 774). Poseyendo una fe así, la persona confía absolutamente en la providencia de Dios y experimenta que, para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan al bien (cfr. Rm 8, 28). San Josemaría expresaba esta idea en la frase sintetizada del texto paulino “*omnia in bonum*” y sugería que se utilizaran esas palabras como jaculatoria, porque dan cuerpo a la confianza que se ha de tener en Dios Padre, particularmente en circunstancias que parezcan ser más difíciles.

La fe lleva a la esperanza: “la seguridad de sentirme –de saberme– hijo de Dios me llena de verdadera esperanza” (AD, 208). Por la virtud de la esperanza el cristiano espera sobre todo alcanzar la felicidad eterna. “Nos interesa el Amor mismo de Dios, gozarlo plenamente, con un gozo sin fin” (AD, 209). Esta esperanza tiene el efecto de relativizar todas las expectativas y sufrimientos terrenos, y es, por tanto, el fundamento de la alegría y del optimismo que, como san Josemaría enseña, deben caracterizar al cristiano en toda circuns-

tancia. Esto explica por qué, a pesar de los fallos que se puedan experimentar, se ha de mantener el optimismo en la lucha ascética. Para san Josemaría, la vida del cristiano es una lucha constante por ser santo y, por tanto, para amar a Dios y servir a los demás. La virtud de la esperanza hace que la persona confíe en que Dios le perdona y le da energía y optimismo para comenzar la lucha una y otra vez, aun después de haber caído, muchas veces por debilidad (cfr. AD, 212-19).

La virtud infusa de la caridad, centro de las virtudes teologales, lleva en primer lugar a amar a Dios sobre todas las cosas y con todas las fuerzas. Este amor toma en las enseñanzas y en la vida de san Josemaría la forma del amor de un hijo pequeño a su Padre Dios, ya que el amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo nos lleva a clamar “*Abba, Pater*” (cfr. Rm 8, 14-17). Este amor filial es contemplativo; gracias a él la persona descubre la mano amorosa de su Padre Dios en todas las realidades, incluso en las más ordinarias, y se hace capaz de mantener una conversación viva con Dios en todo momento (presencia de Dios). Junto con este espíritu contemplativo, la caridad genera una rectitud de intención en la voluntad, por la cual una persona hace todo lo que hace, incluso lo que es ordinario, por amor a Dios, su Padre, y con el deseo de agradecerle, sintiéndose otro Cristo.

La caridad demanda también el amor a los demás, al prójimo: “Hemos de portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios” (ECP, 36). El amor a los demás se extiende a todos los hombres, también a los enemigos, sin descuidar en primer lugar –así lo reclama el orden de la caridad– el empeño por buscar el bien de aquellos que se encuentran más cercanos a nosotros (cfr. AD, 230). La caridad busca el bien integral –tanto corporal como espiritual– del otro, con conciencia de que el más importante de todos los bienes es el de la salvación eterna a través de Jesucris-

to. Por esto, manifestación especialísima de la caridad es el apostolado, el esfuerzo por acercarse a aquellos que nos rodean a Dios: “el alma contemplativa se desborda en afán apostólico” (ECP, 120).

4. Las virtudes humanas o morales

a) *La necesidad de las virtudes humanas*

En sintonía con la tradición cristiana, san Josemaría enseña que la perfección cristiana reside en la propia conformidad con Jesucristo. Estamos llamados a ser “otros Cristos, el mismo Cristo, *ipse Christus*” (VC, VI Estación). Esto implica, entre otras cosas, que cada cristiano ha de adquirir las disposiciones de Jesucristo y hacerlas suyas. Como hemos dicho, es propio de la virtud otorgar al que la posee los hábitos o inclinaciones necesarias para realizar acciones buenas. Se puede decir, por tanto, que es a través de la posesión de las virtudes como la persona alcanza esta conformidad con Cristo que es la perfección cristiana. Esto se aplica de modo particular a la relación teológica entre el cristiano y su Padre Dios, pero también a la vida moral. Precisamente hablando sobre las virtudes humanas san Josemaría puntualiza: “El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere –insisto– muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a Él, que es *perfectus Deus, perfectus homo*” (AD, 75). En la imitación de Cristo como “perfecto hombre” es donde las virtudes humanas juegan un papel fundamental, pues son necesarias para el perfeccionamiento de nuestra naturaleza.

Teniendo en cuenta la necesidad de ese perfeccionamiento de la naturaleza humana, san Josemaría presenta a veces su posición criticando algunas concepciones deformadas de la vida cristiana en relación con este punto. Tal es el caso de la posición laicista que postula que la vida cristiana asfixia las cualidades humanas e impide que la persona llegue a la plenitud de su

humanidad. Pero también la posición, a la que califica de pietista, que enfatiza hasta tal punto las consecuencias de la caída original, que concibe toda afirmación de la naturaleza humana como una amenaza contra la fe y por tanto como algo que no ha de ser perfeccionado, sino reprimido. “El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que el *Verbo se hizo carne*, hombre, y *habitó en medio de nosotros*” (AD, 74). San Josemaría entiende que el misterio de la Encarnación implica la redención de la naturaleza humana en su entereza. El cristiano está llamado a la perfección, a vivir la perfección en todo lo que es auténticamente humano, evitando sólo lo que es corrupción causada por el pecado. Por esto la gracia y las virtudes infusas no se oponen a las perfecciones naturales del ser humano ni las convierten en algo superfluo. La caridad es la más importante de todas las virtudes y, entre ellas, la que más nos conforma a Jesucristo; sin embargo, por sí sola no genera el “*perfectus homo*”. No se puede ser “muy divino”, sin ser también “muy humano”, y para ser perfecto en todos los aspectos de la naturaleza humana, se requieren las virtudes humanas.

Es a través de virtudes como la templanza, la fortaleza y la justicia, como una persona adquiere la perfección de la naturaleza humana. Cada una de esas virtudes perfecciona un aspecto del ser humano. Su totalidad constituye la perfección humana y la ausencia de virtudes humanas implica una deficiencia. Jesucristo, que es perfecto hombre, poseyó todas las virtudes humanas en el más alto grado, de tal manera que realizó todas sus acciones humanas de modo perfecto. Ningún cristiano alcanza la perfección absoluta de Jesucristo, pero cada cristiano está llamado a imitarle y a luchar por adquirir y practicar las virtudes humanas en el grado más alto posible. El ignorar, tanto estas virtudes como la necesaria lucha por adquirirlas, es considerado por san Josemaría como

equivalente a ignorar una parte esencial de la vocación cristiana (cfr. AD, 75).

b) La naturalidad en la vida ordinaria

Las enseñanzas de san Josemaría van dirigidas principalmente a cristianos corrientes, los que se encuentran inmersos en el trabajo profesional y en las actividades ordinarias de la vida. Es allí donde han de adquirir y ejercitar las virtudes humanas; es ahí, en estas actividades, donde han de luchar para vivir las virtudes (cfr. CONV, 24). Santificar las actividades ordinarias quiere decir hacerlas para Dios y, por esta razón, hacerlas bien. Se advierte claramente que son precisamente las virtudes humanas las que, movidas por las sobrenaturales, dan al cristiano la capacidad interior para realizar bien esas actividades ordinarias, firme y constantemente.

Teniendo en cuenta que los cristianos corrientes están llamados a santificar no solamente un tipo especial de actividades, sino *todas* las actividades, es obvio que necesitan ejercitar *todas* las virtudes. Citemos, como ejemplo, unas palabras dirigidas a los esposos y a la vida en familia: “Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada, se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría” (ECP, 23; cfr. AD, 76; CONV, 110, 5). Todas las virtudes tienen en común la característica de disponer a la persona para que sea menos egoísta y esté más interesada en buscar el bien de los que le rodean.

Poseer y ejercitar las virtudes no separa a la persona de sus actividades y circunstancias ordinarias, ni la convierte en persona extraña o intratable; al contrario. En este sentido a san Josemaría le gustaba hablar de la “naturalidad”, entendiéndolo por tal la cualidad de ser y vivir de acuerdo con la propia condición, como los demás, y veía en esta cualidad una actitud que

surge como consecuencia de vivir las virtudes. Le gustaba, a este respecto, dirigir la atención hacia el ejemplo de Jesucristo, quien ejercitó todas las virtudes en las circunstancias ordinarias de su vida oculta, sin resultar raro o extraño a quienes con él convivían y trabajaban (cfr. AD, 89-90). Las virtudes no son ostentosas ni llamativas: “Que tu virtud no sea una virtud sonora” (C, 410). Las virtudes hacen que una persona sea agradable, facilitan la convivencia, hacen que la persona sea más atractiva, y esto también porque conllevan el efecto de hacer que la persona que las posee sea feliz y alegre. “La verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre” (C, 657; cfr. S, 58).

c) Las virtudes morales y la libertad

La referencia a la posesión y el ejercicio de las virtudes sobrenaturales y humanas está estrechamente ligada en san Josemaría al énfasis que pone en el papel decisivo de la libertad, tanto en las acciones que inciden directamente sobre la propia persona como en las acciones que se refieren a los demás. Con respecto a las acciones propias, las virtudes generan lo que podría calificarse como libertad interior. Una persona es libre interiormente cuando se rige por la razón y no por las pasiones. Citando a santo Tomás de Aquino, san Josemaría señala que cuando una persona se mueve por las pasiones, especialmente cuando peca, es como si lo que le identifica más como persona, su razón, fuese esclava de algo exterior a ella, es decir, de las pasiones (cfr. AD, 34). Las virtudes morales proporcionan a quien las posee la capacidad de poder gobernar y controlar sus pasiones. Consecuentemente, una persona que posee estas virtudes se encuentra habilitada para ser señor de sí mismo y por tanto para actuar con un grado de libertad interior mayor; esa persona hace aquello que con mayor intensidad interior desea hacer. Con las virtudes teologales y morales, el cristiano cumple la voluntad de Dios, no como algo que se le

impone desde fuera, sino como algo que ella misma desea interiormente. Así lo expresa san Josemaría hablando de la virtud de la obediencia: “Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana. Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, *porque nos da la gana*, que es la razón más sobrenatural” (ECP, 17).

San Josemaría vio en el respeto a la libertad de los demás materia de virtud, y, en particular, materia de la virtud de la justicia. Por la virtud de la justicia una persona respeta los derechos de los demás y no trata de imponer su voluntad en asuntos en los que los otros tienen derecho a escoger por sí mismos lo que desean hacer. “Estamos obligados a defender la libertad personal de todos, sabiendo que *Jesucristo es el que nos ha adquirido esa libertad*; si no actuamos así, ¿con qué derecho reclamaremos la nuestra? (...) Hemos de sostener el derecho de todos los hombres a vivir, a poseer lo necesario para llevar una existencia digna, a trabajar y a descansar, a elegir estado, a formar un hogar, a traer hijos al mundo dentro del matrimonio y poder educarlos” (AD, 171).

d) *Algunas virtudes humanas típicas*

Aunque san Josemaría enseña que el cristiano ha de cultivar todas las virtudes, en sus exhortaciones nunca pretende ofrecer una lista completa. Tampoco intenta indicar cuál sea la más importante de las virtudes morales, sino que simplemente comenta que son todas necesarias y que el esfuerzo que una persona realiza por adquirir cada una redundará en la adquisición de otras virtudes relacionadas (cfr. AD, 76). Acepta, sin embargo, la prioridad fundamental que poseen las cuatro virtudes cardinales y en la homilía sobre las virtudes humanas asume la posición tradicional que lleva a ordenar las diversas virtudes de las cuatro virtudes cardinales.

En sus escritos se observa que san Josemaría menciona con frecuencia las virtudes que de alguna manera u otra están conectadas con las cardinales, así como otras que, como ya dijimos, adquieren importancia capital en relación con la santificación del trabajo y de las actividades propias de la vida ordinaria. Un breve elenco de estas virtudes será útil aquí para ilustrar de algún modo cómo entendió san Josemaría el papel de las virtudes en general en la práctica del mensaje que predicó.

- *Alegría*: actitud que permite a la persona mantener una visión positiva y optimista ante los acontecimientos de la vida; es un reflejo de la virtud de la caridad y juega un papel sustancial en todas las relaciones interpersonales.
- *Sinceridad*: virtud por la que el ser humano manifiesta lo que piensa, sin intentar ocultar la verdad, especialmente la verdad acerca de uno mismo. Esta virtud desempeña un papel decisivo en el cultivo de la amistad y es esencial para la constancia en el crecimiento espiritual.
- *Humildad*: virtud que enseña a que la persona se vea como realmente es, especialmente ante Dios; es la base de las demás virtudes y previene las dificultades que pueden surgir en el trato con los demás.
- *Sencillez*: virtud que impulsa al ser humano a dejar que los demás le vean tal como es, sin fingimientos y sin actitudes aparatosas, y que le lleva a comportarse con naturalidad, según lo exige la propia condición.
- *Laboriosidad*: virtud que desarrolla la capacidad para trabajar con intensidad, para dar acabado cumplimiento a las propias tareas profesionales; lleva también a aprovechar el tiempo.
- *Magnanimidad*: virtud por la que la persona se muestra dispuesta a acoger proyectos de gran envergadura y no se contenta con logros mínimos,

porque se sabe capaz de mucho más; en lo sobrenatural presupone la confianza en Dios.

- *Fidelidad/Lealtad*: lleva a cumplir los propios compromisos y a permanecer sincero y firme con los amigos, incluso cuando se presentan situaciones difíciles, y a mantener la palabra dada.
- *Desprendimiento*: virtud por la que la persona se siente contenta con los bienes materiales que posee, aunque sean limitados; se encuentra feliz llevando una vida austera y sobria, y mantiene su corazón libre respecto a las cosas que tiene a su disposición.
- *Audacia*: virtud necesaria para no amedrentarse ante la magnitud de las tareas a las que se está llamado; es fundamental para la realización de actividades y empresas apostólicas en las cuales se advierte que habrá que asumir riesgos, y para no preocuparse demasiado por lo que otros piensen de uno.
- *Solidaridad*: es la virtud por la cual una persona se preocupa y se siente responsable de la sociedad en la que vive y de las personas con las que comparte la vida y el trabajo, hasta el punto de estar dispuesto a ayudarlas, e incluso a sacrificarse por ellas.
- *Castidad*: virtud que se ha de vivir en todo camino de vida; aunque no es la más importante, sin ella las demás virtudes quedan disminuidas; es especialmente necesaria para crecer en el trato con Dios y para luchar contra el egoísmo en las relaciones con los demás.

5. Las virtudes y los dones del Espíritu Santo

Los siete dones del Espíritu Santo se han considerado tradicionalmente como distintos de las virtudes. Santo Tomás de Aquino enseña que las virtudes son en sí mismas disposiciones que permiten a

la persona –movida por la razón– la realización de acciones buenas. Los dones, a su vez, son disposiciones que permiten a la persona ser movida por Dios para la realización de acciones buenas en el orden de la gracia (S.Th., I-II, q. 68, a. 1). El *Catecismo de la Iglesia Católica* describe los dones del siguiente modo: “(...) son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo” (CCE, n. 1830). Los dones se infunden en el alma en el momento del Bautismo junto con la gracia santificante y las virtudes teologales.

San Josemaría recoge esta doctrina y enseña que las virtudes humanas disponen al alma a recibir no sólo las virtudes sobrenaturales, sino también los dones. Se expresa señalando que los dones refuerzan las virtudes: “Si el cristiano lucha por adquirir estas virtudes, su alma se dispone a recibir eficazmente la gracia del Espíritu Santo: y las buenas cualidades humanas se refuerzan por las mociones que el Paráclito pone en su alma. La Tercera Persona de la Trinidad Beatísima –dulce huésped del alma– regala sus dones: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad, de temor de Dios” (AD, 92).

En sus enseñanzas sobre los siete dones del Espíritu Santo se percibe que sobresale el don de piedad. Este don confiere a la persona una disponibilidad para ser movida por el Espíritu Santo a tener un cariño filial a Dios del modo que describe san Pablo en Rm 8, 15: “Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos por el cual clamamos «Abba, Padre»”. El hecho de que el mensaje de san Josemaría esté marcado por un énfasis profundo en la filiación divina como fundamento de toda la relación del cristiano con Dios, explica muy bien que le dé un lugar prominente al don de piedad. Y que afirme que este don lleva a la alegría, ya que una persona que sea consciente de ser hijo de Dios se siente segura de todo, en el más profundo nivel. “El Espíritu Santo, con

el don de piedad, nos ayuda a considerarnos con certeza hijos de Dios. Y los hijos de Dios, ¿por qué vamos a estar tristes? La tristeza es la escoria del egoísmo; si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias” (AD, 92).

Voces relacionadas: Alegría; Audacia; Caridad; Castidad; Desprendimiento; Esperanza; Fe; Fidelidad; Fortaleza; Fraternidad; Humildad; Justicia; Laboriosidad; Libertad; Lucha ascética; Magnanimidad; Naturalidad; Obediencia; Prudencia; Responsabilidad; Sinceridad; Solidaridad; Templanza; Veracidad; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: AD, 73-93; C, 572-648; S, 416-443, 532-553, 769-794; Giuseppe ABBA, *Felicidad, vida buena y virtud. Ensayo de filosofía moral*, Barcelona, Ediciones Internacionales Universitarias, 1992; Manuel BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología espiritual*, Palabra, Madrid, 2006; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011; Evaristo CÓFRECES - Ramón GARCÍA DE HARO, *Moral Fundamental*, Pamplona, EUNSA, 1998; Enrique COLOM, *Elegidos para ser santos. Curso de Teología Moral Fundamental*, Madrid, Palabra, 2001; Aurelio FERNÁNDEZ, *Diccionario de Teología Moral*, Burgos, Monte Carmelo, 2004; Alasdair MACINTYRE, *Tras la virtud*, Madrid, Rialp, 1987; Josef PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1980; Antonio RODRÍGUEZ LUÑO, *Ética General*, Pamplona, EUNSA, 2003.

David GALLAGHER

VOCACIÓN

1. La vida cristiana como vocación. 2. Dimensiones de la vocación: responder al amor de Dios y animar a los demás a amarle. 3. Diversidad de vocaciones. 4. La vocación al Opus Dei, concreción de la vocación bautismal. 5. Fidelidad a la vocación.

La palabra vocación, del latín *vocatio*, que deriva a su vez del verbo *vocare*, lla-

mar, era conocida en el lenguaje precristiano, pero pasó a ser de uso frecuente –a partir de los textos bíblicos (san Pablo emplea con frecuencias los vocablos griegos equivalentes, *klesis* y *kaleo*)– en la literatura cristiana, para indicar que Dios se dirige al hombre y lo llama. A partir de esa significación primitiva, en las lenguas modernas es utilizada también en otros contextos, pero su uso predominante sigue siendo el originario. Con ese sentido está presente en la predicación y en los escritos de san Josemaría, que subrayó con fuerza los acentos personales que la vocación implica. Valga como ejemplo un pasaje de una homilía pronunciada en el tiempo de Cuaresma: “La llamada del buen Pastor llega hasta nosotros: *ego vocavi te nomine tuo* (Is 43, 1), te he llamado a ti, por tu nombre. Hay que contestar –amor con amor que pagadiciendo: *ecce ego quia vocasti me* (1 R 3, 9), me has llamado y aquí estoy” (ECP, 59).

1. La vida cristiana como vocación

Dios no es un Dios distante, situado en lo alto de los Cielos, ajeno a las incidencias de la vida terrena, al que se debe servir y adorar, pero siempre desde la lejanía. Es un Dios creador y providente, que ha hecho surgir el mundo por amor, y lo mantiene en el ser y lo cuida con amor. Más aún, es un Dios que se hace presente en nuestra historia. El Antiguo Testamento está jalonado de escenas que testimonian ese amor y esa cercanía de Yahveh: la elección de Abraham, a quien promete que en él serán benditos todos los linajes de la tierra (Gn 12, 1 ss.); la vocación de Moisés (Ex 3, 1 ss.), a quien Yahveh elige para gobernar y guiar a Israel y de quien se nos dice que hablaba con el Señor “cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Ex 33, 11); la llamada a los patriarcas y a los profetas, a los que confía la misión de recordar a Israel las promesas divinas, incitándolo a la fidelidad.

Con la Encarnación, Dios va más allá. No sólo interviene ofreciendo su protec-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.